

14. Étampes, a 50 kms. de París, 24 de agosto de 1944

Robert Capa había huido del circo que arrastraba tras de sí Hemingway después de haber discutido con él. Se dirigía a toda velocidad hacia París para ser testigo de la liberación de la ciudad por parte de la división blindada de Leclerc. Después de las fotos que había hecho el día D en las mismas playas con la primera oleada de desembarco no quería perderse la entrada en París de los aliados. Seguía siendo fiel a su máxima: si tus fotos no son lo suficientemente buenas es que no te has acercado lo suficiente.

El jeep avanzaba por la carretera sin encontrar oposición. Sin embargo, en un cruce de caminos varios half—tracks, semiblandados orugas, les impedían el paso. Desde uno de los vehículos les hacían señas para que parasen. Robert se bajó del vehículo “y se acercó a los soldados que desde arriba lo miraban con cara de pocos amigos.

En francés le dijeron que de allí no se podía pasar, que estaban esperando para entrar en París pero que los periodistas no eran bienvenidos. Robert se desesperaba intentando que entrasen en razón. Su francés sonaba gutural, no en vano su origen centroeuropeo se hacía notar, pero aquellos soldados tampoco eran franceses; ese acento le recordaba a épocas pasadas y para él dolorosas; le recordaban el calor del mediodía en Cerro Muriano cerca de Córdoba o el frío helador de Teruel, las noches con Gerda en Madrid, enlazados desnudos en la habitación del palacio Heredia—Spínola que Alberti y sus colegas de la Alianza de Intelectuales Antifascistas habían requisado para la asociación. Aquellas palabras sonaban como el recuerdo amargo de la noticia que le partió el alma cuando ella murió sobre la tierra reseca de Brunete.

Robert les habló en español, les recordó el polvo que había tragado junto a ellos y las veces que había tenido que tirarse al suelo cuando los cazas italianos o alemanes ametrallaban las posiciones republicanas. El fotógrafo se fijó en los nombres de los blindados más cercanos: Teruel, Guadalajara y Brunete. Se le hizo un nudo en la garganta; esquivó el Brunete y se dirigió hacia el Teruel. Los soldados le tendieron la mano y subió al vehículo mientras lo saludaban.

Los half—track reanudaron la marcha hacia París; Robert, desde el suyo, no dejaba de hacer fotos; las hacía al paisaje que dejaban atrás con rapidez. También fotografiaba al blindado que iba tras ellos, el Guadalajara. Le resultó curioso que uno de los soldados se daba la vuelta cada vez que dirigía hacia allí su objetivo. Podía ser casualidad pero algo le decía que no era así. Aquel hombre le recordaba a alguien pero no sabía a quién.

—¿Cómo se llama aquel camarada, el alto? —le preguntó al soldado que iba a su lado mientras le hacía una señal hacia Manuel.

—¿El del pelo color zanahoria? Ese es Araceli, Gabriel Araceli —le contestó.

Robert no recordaba el nombre, no le sonaba de nada. Manuel agarraba con fuerza su arma y se sujetaba para evitar caer; iban tan deprisa como la carretera secundaria por la que avanzaban y los abundantes obstáculos les permitían, además muchas veces eran los propios paisanos los que los paraban para vitorearlos, deseosos como estaban de ver por fin un soldado aliado. Hacía apenas una hora que habían recibido la orden que tanto esperaban: avanzar sobre París. El propio General Leclerc, con su vehemencia habitual, preguntó a Dronne, el capitán de su compañía, que a qué esperaba para ir sobre la ciudad.

—Coja su compañía y entre en París. Dígales que resistan, que mañana llegará toda la división — gruñó el General. Raymond Dronne esbozó una sonrisa y reunió a los jefes de sección, con Amado Granell a la cabeza. Manuel, desde su vehículo, pudo ver cómo de forma expeditiva los instruía. Las órdenes eran claras: A por todas y a París.

A las nueve menos cuarto pararon un instante en la Puerta de Italia; desde allí, en pleno centro de “la ciudad se dirigieron hacia el Sena cruzándolo por el puente de Austerlitz, giraron a la izquierda remontando el río por su margen derecha camino de la plaza del ayuntamiento, el corazón de la ciudad que querían liberar. Manuel iba en el lado izquierdo del vehículo; desde allí pudo apreciar la catedral de Notre Dame. La podía ver a contraluz cuando el sol se estaba poniendo justo tras ella. Era un atardecer único y enseguida pensó: “Ojalá estuviese aquí Elena para pintar esto”. Una punzada en el corazón le hizo extrañar a su mujer más que en ningún momento de aquellos años y pudo comprender que había vivido a medias, como anestesiado, para evitar que el dolor acabase con él. Miró a sus compañeros y en sus rostros apreciaba algo similar. La gente los vitoreaba y cuando detuvieron el blindado en la plaza del ayuntamiento sobre las nueve y veinticinco se vieron invadidos por una masa de hombres y mujeres cantando la Marsellesa, muchos armados; niños y ancianos que les daban la bienvenida y les besaban, les hablaban todos a la vez y se sorprendían de ver llorar también a alguno de los soldados. Les oían hablar en un idioma que no era francés, incluso alguno de los que había ido a recibirlos empezaba a hablar en el mismo idioma que ellos y se abrazaban y gritaban “¡Viva la República!” en perfecto y claro español.

Las órdenes eran llegar a París y “la nueve”, la compañía española del Capitán Dronne, lo había hecho; ahora, un total de siete blindados y tres carros de combate siguiendo al Guadalajara, que había sido el primero en entrar, estaban estacionados en el centro de París. El teniente Granell había subido las escaleras del ayuntamiento para notificar su llegada.

Robert Capa se había ido al poco de llegar; seguía haciendo fotos y quería ver cómo estaba París el día de su liberación. Hacía más de cuatro años desde la última vez que estuvo allí y ahora había regresado en un blindado fabricado por los americanos, su nuevo país, y rodeado de republicanos españoles, aquellos con los que tanto había compartido. Decidió que definitivamente el destino era

cruelmente caprichoso. Deshizo parte del camino que había realizado sobre el vehículo. Decidió visitar el Ritz y buscar la forma de revelar aquellas fotografías.